

En la novena a Santa María de la Cruz  
II Domingo de Cuaresma  
4 de marzo de 2007

En el día de hoy confluyen, por un lado, la celebración de la novena a Ntra. Señora, Santa María de la Cruz, por otro, la celebración del segundo domingo de Cuaresma. Y ambas cosas nos invitan a mirar al mismo punto, a la cruz de Cristo. Santa María lleva la cruz en la mano. ¿Qué ofrece la Virgen? –La cruz. Ella nos invita a volver nuestro corazón a su hijo crucificado.

Por otro lado toda la Cuaresma es un camino hacia la cruz. La cuaresma nos invita a caminar con Cristo, a seguir las huellas de Cristo que camina hacia la cruz. Las lecturas de cada domingo son un paso de este camino hacia la cruz. También las de este domingo.

No me voy a parar a explicar las lecturas de este domingo, porque supongo que la mayoría ya habréis estado en misa y ya os habrán explicado las lecturas. Sólo me detendré en algunos detalles.

Primer es necesario que entendamos que el Evangelio de hoy, el de la transfiguración, se encuadra en este camino de Cristo hacia la cruz.

Cristo había iniciado su camino hacia Jerusalén, donde moriría. Y ya había anunciado a los suyos: **“El hijo del hombre debe sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar al tercer día”**. Pero a los discípulos, como a nosotros, les costaba entender. ¿Por qué el camino de la cruz?

La escena de Cristo transfigurado es una respuesta a esta pregunta que todos nos hacemos cuando llega la cruz. Cristo aparece refulgente, su cuerpo y sus vestidos resplandecen llenos de gloria. Es un anticipo de la gloria que Cristo conquistará en la cruz, es decir, de la gloria de la resurrección. Junto a Cristo aparecen dos hombres del AT, hablando, dice el evangelista san Lucas **“de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén”**. Es decir, hablan de su muerte. Jesús aparece revestido de gloria pero hablan de la muerte en cruz, lo que no deja de ser paradójico. ¿Qué significa esto? –La tradición cristiana, desde los primeros siglos, ha entendido esto perfectamente: Que la cruz es el único camino de la Gloria, que la cruz es el único camino de la vida eterna y dichosa. Eso es lo que significa.

Podríamos seguir preguntándonos: ¿por qué Moisés y Elías? –Porque ellos dos representan la Escritura, tantas veces aludida por el mismo Jesús como “La ley y los profetas”. Moisés es el representante de la Ley y Elías el representante de los profetas. Y ambos representan toda la Escritura. Y ¿qué es la Escritura? –La voluntad que Dios ha manifestado por medio de su Palabra. Así pues, cuando los representantes de esta voluntad conversan con Jesús sobre su partida, se significa que la cruz que Cristo va a sufrir en Jerusalén es la voluntad de Dios. Es el momento definitivo que Dios ha previsto, preparado y querido para salvar el mundo. Es la hora de Dios.

Ahora bien, la cruz de Nuestro Señor es una alianza. Recordad las palabras de la Eucaristía que hacen referencia a ello: **“Este cáliz, es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros”**. Alianza significa “pacto”. Y un pacto se firma entre dos. La sangre que Cristo derrama en la cruz es su firma, la firma del pacto: la de un amor eterno, fiel, invariable por el hombre, por cada hombre.

Ahora bien, la sangre de Cristo, derramada sobre la tierra, como su firma estampada no sobre un papel, sino sobre la tierra, sobre la obra de su creación, reclama

también nuestra firma. Decía Dios cuando Caín mata a Abel: **“la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra”**. Ahora la sangre del Hijo amado clama a nuestros oídos y reclama nuestra propia rúbrica.

Los cristianos no podemos vivir estos días de la Cuaresma, primero, y de la Semana Santa, después, como meros espectadores, como el que contempla un espectáculo que no tiene que ver con él. Nosotros somos llamados a participar del camino de Cristo, somos llamados a pisar sus huellas y participar personalmente de su muerte y de su resurrección.

Y aquí quiero volver a las figuras de Moisés y Elías. Hemos dicho que Moisés representa la ley. Cuando se acerca, en una ocasión un fariseo y le pregunta a Jesús por el mandamiento principal de la ley ¿Qué contesta Jesús? Dice así: **“El primero es este: amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma y con todas tus fuerzas”** Lo que hace Jesús es citar unas palabras del libro del Deuteronomio atribuidas a Moisés. Pero Jesús sigue y cita también otras del libro de Levítico, también atribuido a Moisés. Dice: **“Y el segundo –se refiere al segundo mandamiento más importante- es semejante a éste –es decir, al primero-: amarás a tu prójimo como a ti mismo”**. Es decir Jesús hace referencia al mandamiento del amor. Y ¿qué es la cruz de la que habla con Moisés en al escena de la transfiguración? Es la plenitud del amor a Dios y al hombre. Es el amor extremo y perfecto que además consigue romper el cerco de la muerte, que consigue destruir la muerte y resucitar al tercer día.

Pero vamos a Elías, el mayor de los profetas. Elías representa la purificación que es necesaria para el amor. En la cruz brilla el amor de Cristo, el amor que vence la muerte. Pero para un amor así es necesaria la purificación del corazón, la purificación de la voluntad, la purificación de la intención. Nunca llegaremos a estampar nuestra propia rúbrica junto a la sangre de Jesús, si antes no somos purificados. Nunca podremos amar con la fuerza necesaria si antes no es purificado nuestro corazón. Eso lo sabe bien Pedro: el creía que amaría a su maestro hasta el final: **“iré contigo hasta la muerte”**. Pero aún no había purificado su corazón. Y cuando llegó el momento negó a su Señor: **“Yo no conozco a ese hombre”**.

Ahora la pregunta ¿de qué debemos purificar nuestro corazón para hacerlo capaz del amor necesario para seguir a Cristo hasta el final? Se trata de eliminar del corazón todo afecto al pecado. Y no sólo eso, se trata de eliminar del alma todo interés que no sea el de alcanzar a Cristo en la cruz. Por eso en la segunda lectura, san Pablo echa en cara a unos falsos cristianos que en realidad, buscando dar satisfacción a sus propias apetencias, se han convertido en “enemigos de la cruz de Cristo”. Dice de ellos: **“Sólo aspiran a cosas terrenas”**. San Pablo, por el contrario nos enseña a no buscar otra cosa en esta vida sino a Cristo y a este crucificado. Nos enseña, con su propia vida, a correr tras Cristo hasta alcanzarlo en la Cruz, participando con él de sus sufrimientos para conquistar con el también la vida eterna. No mirar nada, no entretenerse en nada, tener los ojos del alma y de la voluntad tijos sólo en Cristo Jesús, que nos llama desde la cruz.

Pues bien, una purificación así del corazón es un camino arduo y difícil, un camino costoso. Pero yo, para terminar, quiero referirme a la intención con la que venimos aquí, a la casa de Santa María de la Cruz, a la novena; o a la intención con la que nos acercamos a la misa cada domingo o, incluso, cada día. Ya he hecho antes referencia a ello: nosotros, los cristianos, no podemos venir aquí como meros espectadores. No venimos de paseo, ni para pasar el rato. No venimos para ver a los amigos o para ver si hoy el cura habla bien o mal, o me gusta lo que dice.

¿A qué venimos? ¿A qué venimos a la casa de aquella, nuestra señora, que nos recibe con la cruz de su Hijo en las manos? Llegamos aquí y ella, la Virgen, tiene en las manos el instrumento que mató cruelmente a su hijo, a Jesús. ¿Y a qué venimos nosotros?

La liturgia, la oración y los ejercicios de piedad como es la novena, nos ayudan a acompañar el latido de nuestro corazón con el latido del corazón de Cristo y de María. Pero, ¿realmente es eso lo que hacemos? ¿Venimos a eso? ¿Venimos a ser purificados para acompañar nuestro corazón con el de María y con el de Jesús, y pisar sus mismas huellas hasta conseguir amar con el amor perfecto de Cristo crucificado? Este camino habla de austeridad, exterior e interior, porque la cruz se compagina mal con adornos y con lujo, con placeres y otras cosas así. Este camino habla de sacrificio, de desprendimiento, de olvido de sí, de pobreza, de silencio, de soledad, de abandono... Y la pregunta es ¿Venimos nosotros a eso? ¿Venimos nosotros a poner nuestro corazón tras el corazón de Cristo?

En una ocasión el mismo Cristo les echó en cara a los fariseos que su voluntad, cuando se acercaban a Dios, era contraria a Dios. Estas son las palabras de Jesús: **“Hipócritas, bien profetizó Isaías de vosotros cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto”**.

Bien: ¡Que no nos baste a nosotros dar culto, de cualquier forma, a la Virgen, Madre de Dios, ni a su Hijo, ni al Padre! Pongamos nosotros nuestro paso tras el de Cristo, y nuestro corazón tras el suyo, siguiéndole por este camino de purificación que lleva al amor perfecto de la cruz. El único amor que está premiado con la vida dichosa e inmortal.

Santa María de la Cruz, ruega por nosotros. Amén.